

POR RICARDO MARTÍN DE LA GUARDIA

HANNAH ARENDT Y EL TOTALITARISMO



Nacida el 14 de octubre de 1906 cerca de Hannover y fallecida en Nueva York el 4 de diciembre de 1975, la trayectoria vital de Hannah Arendt sufrió una profunda alteración con la llegada del nacionalsocialismo al poder. Antes, en la década de los años veinte, estudió Filosofía y Teología en Marburgo donde fue discípula y compañera sentimental de Martin Heidegger. Su tesis doctoral, de 1929, versó sobre el concepto del amor en San Agustín, dirigida por otro de los insignes pensadores de la época, Karl Jaspers. Pocos años después, en 1933, su condición de judía le inhabilitó para la enseñanza y el mismo año se trasladó a Francia donde entró en contacto con el mundo intelectual galo, entre otros con Walter Benjamín y Jean-Paul Sartre. En 1941 cruzó el Atlántico para instalarse definitivamente en los Estados Unidos, aunque no obtendría la ciudadanía hasta diez años después, precisamente cuando publica *Los orígenes del totalitarismo*, la obra que queremos comentar. Posteriormente no cesará en dar a la imprenta numerosos escritos, dando continuidad a lo largo de su vida a una fecunda labor filosófica con obras de la envergadura de *La condición humana* (1958), *Eichmann en Jerusalén* (1963), *Crisis de la República* (1972), y tantas otras en donde el individuo concreto, la persona singular e irremplazable se sitúa en el centro de su reflexión.

Hasta 1951, cuando apareció *Los orígenes del totalitarismo*, no se había publicado una monografía sistemática sobre el fenómeno totalitario. El libro, llamado a ser un título ineludible sobre el tema hasta nuestros días, reunía trabajos redactados entre 1945 y 1949, y precisamente la última parte, la más tardía, abordaba el estudio comparado entre el nacionalsocialismo y el estalinismo. Sin duda, como decimos, es la referencia básica a la que recurrir a la hora de comparar, delimitar fenómenos similares, y también a la que criticar en aspectos parciales, o incluso refutar.

Precisamente la obra de Arendt abrió una década de ensayos sobre un tema que se convirtió en uno de los más frecuentados por la filosofía política y la historia de la teoría del Estado: Raymond Aron, Carl Joachim Friedrich, Zbigniew K. Brzezinski, Sigmund Neumann, solo por citar algunos de los autores más relevantes, marcaron un territorio de análisis que continúa generando polémicas encendidas hasta nuestros días.

En las fechas de su publicación, el término totalitario había comenzado a utilizarse para denigrar al contrario, para atribuirle toda clase de males, pasando progresivamente a ser un término-comodín, insustancial, propio de la batalla propagandística de la Guerra Fría, pero huérfano de capacidad analítica. En cambio, Arendt dota de contenido al concepto después de una reflexión profunda para determinar qué forma de gobierno puede entenderse por tal. En su interpretación, los regímenes totalitarios son sistemas de organización originales, no son meras dictaduras con rasgos más o menos acentuados, sino formas de dominación con una historicidad concreta, de una modernidad radical. Por eso la pensadora alemana lo reduce al régimen nacionalsocialista y al sistema soviético durante la época de Stalin, las dos realidades que más transformaron el siglo, por eso *Los Orígenes* supusieron el mayor intento de Arendt por comprender su siglo, el siglo XX, como escribe un gran especialista sobre su obra, Thomas Meyer (*Hannah Arendt. Una biografía intelectual*, Barcelona, 2025).

En 1958 vio la luz la segunda edición del libro con un añadido, «Ideología y terror: un nuevo tipo de régimen». Era evidente que después de siete años, Europa y el mundo habían cambiado de forma ostensible. Tras la muerte de Stalin en 1953, la celebración del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS y las críticas al culto a la personalidad y a la represión ejercida por Stalin realizadas por el nuevo secretario general del Partido, Nikita Krushov, tuvieron repercusiones sobre el sistema comunista que no podían ser pasadas por alto. A pesar del fracaso del revisionismo tras los acontecimientos en Polonia y, sobre todo, la intervención militar en Hungría en el otoño de 1956, Arendt se sintió en la obligación de concretar todavía más la naturaleza del concepto para evitar la manipulación de la que, según la pensadora alemana, se servían los aparatos ideológicos de la Guerra Fría para extender la asignación del término a los países soviéticos; de ahí que modifique la parte tercera de la obra para concretar históricamente el periodo totalitario.

Indudablemente, y considerando la oceánica bibliografía acumulada al respecto hasta la actualidad, el empeño de Arendt en comprender de forma integral el totalitarismo resulta hoy en día el más completo y original a la hora de dotar de contenido a un concepto tan esquivo, más aún cuando su estudio

va encaminado a definirlo en los términos políticos y socioeconómicos que son determinados por el momento histórico, evitando considerarlo como una mera ideología. Si los regímenes totalitarios habían ocupado un lugar concreto en el devenir histórico había sido gracias a unos factores concretos y característicos de las décadas iniciales del siglo XX cuando el impulso imperialista se superponía a los profundos problemas que la autora detecta en el funcionamiento de los Estados nación de la época. Fue en aquel periodo, y en virtud de los avances tecnológicos aplicados al control social, favorecidos además por procesos de desarticulación colectiva generados por la sociedad de masas, así como a la represión sistemática de un aparato estatal invasor de todos los ámbitos de lo público y lo privado, cuando cabe situar el surgimiento de los regímenes totalitarios, cuya voluntad de dominio necesitaba la aniquilación del discrepante, la supresión de la condición humana en función de los intereses supremos definidos por el Estado.

La singularidad del totalitarismo radica en superar el utilitarismo propio de acción clásica de gobierno, esto es, la utilidad del poder para alcanzar objetivos concretos, nítidos. En el caso de los sistemas totalitarios, sus actos son banales, no adquieren justificación si no es la del poder por el poder. A diferencia de las dictaduras o de las tiranías, la esencia del totalitarismo consiste en su afán de control absoluto (territorial, económico, político, etc.) hasta lograr la despersonalización del individuo, su conversión en un *homo sovieticus* o en el hombre nuevo del nacionalsocialismo.

Si bien es cierto que Arendt sitúa al totalitarismo en un periodo concreto de la historia como forma novedosa de dominio político, diferenciado por tanto de las dictaduras como ya hemos comentado, la banalidad del mal, del mal radical, siempre estará presente como eventualidad; no se trata de un acontecimiento del pasado, de una etiqueta histórica, es también posibilidad de presente y de futuro por lo que siempre conviene estar alerta. De ahí la particularidad de la estructura interna del libro: las dos primeras partes diseccionan los orígenes del totalitarismo, las condiciones de posibilidad en las que se produjo entendidas como marco necesario, y a la vez abierto a que pueda repetirse en otros momentos. Este es el motivo por el que Arendt otorga más relevancia a los «orígenes», dejando el análisis de las características más sobresalientes del totalitarismo para el final.

Así, la primera parte está dedicada al antisemitismo, un apéndice del racismo. Si despojamos al nazismo de lo innecesario, aparece como estructural una pseudoteoría de la raza que concede superioridad a los señores de la historia; en última instancia, a la arianidad. No obstante, no se trata de una patología de la psique del pueblo alemán, este racismo antisemita está relacionado con la deriva del individualismo burgués hacia la satisfacción de ambiciones de poder económico y lo que se deriva de esa circunstancia, una de cuyas consecuencias tiende a diluir los vínculos personales con el entorno social provocando la atomización social y la emergencia del hombre-masa, aislado, susceptible de ser fácilmente manipulado. Si la burguesía como agente social busca la apoliticidad en tanto en cuanto sus intereses son fundamentalmente económicos, su actitud es inquietante ya que un espacio público sin conflictos solo es posible a través de la implantación de regímenes tiránicos y, más allá, la supresión de dicho espacio solo lo logra hacer el sistema totalitario que es la negación de la política.

El antisemitismo clásico se ve superado por una dimensión abarcadora de una totalidad que identifica al individuo inferior con lo superfluo, un término muy utilizado por Arendt. No obstante, la atmósfera antisemita de la Europa de las primeras décadas del siglo XX facilitó el camino a Hitler y los suyos, aunque también la pensadora alemana critica a los judíos una escasa implicación en los asuntos públicos, en la política activa en los países donde residían y eran ciudadanos. El nazismo no se conforma por tanto con la eliminación metódica de los judíos, sino que esta se superpone y continúa con gitanos, enfermos, homosexuales, «etnias» inferiores, etc.; la raza y no el odio exclusivo a los judíos fundamenta el pilar sobre el que se erige el sistema totalitario, como lo es el odio de clase en el estalinismo.

En consecuencia, la primacía de la raza o de la clase es muy superior a la de la nación. En este punto enlaza Arendt con la segunda parte de la obra dedicada al imperialismo. La raza o la clase están llamadas a lograr el dominio universal por imperativo histórico. En el caso del nazismo, por ejemplo, si el devenir de Occidente ha sido una historia de decadencia, de defensa de derechos humanos y solidaridades propio

de mentalidades inferiores, el proyecto ilustrado con todo lo que supone ha fracasado: el nuevo orden, la nueva realidad es la creada por los seres superiores que anulan la libertad; los campos de concentración y de exterminio ejemplifican muy bien esta realidad, y a ellos alude constantemente Arendt.

El totalitarismo coloca a la sociedad en un estado de incertidumbre permanente, sitúa al individuo en una alerta constante, angustiado ante lo que le pueda ocurrir; el terror anega la sociedad y la prepara para lo peor: el individuo queda desprotegido al albur de la arbitrariedad del poder. La novedad radical de estos regímenes de dominación explica la imposibilidad de encontrar ejemplos previos, solo cabe tratar de comprender cómo surgieron, con qué elementos constitutivos contaron. En efecto, el racismo, el antisemitismo, el imperialismo han existido en periodos anteriores, por eso Arendt necesita dar una explicación sobre cómo la combinación de dichos elementos generó el fenómeno totalitario, cuál es su naturaleza diferenciada de otros sistemas.

Como negación de la política, el discurso de los movimientos totalitarios aboga por un ciudadano integrado en la comunidad de origen, comunidad que le provee no solo del bienestar económico, sino, todavía más importante, dota a este individuo despersonalizado y aislado de una nueva identidad. Eliminados o profundamente erosionados sus vínculos con el mundo real, el totalitarismo fabrica una ficción, una realidad alternativa donde el individuo vive sometido a un poder que ejerce de manera efectiva el terror, ya sea sutil o con brutalidad, para reducir a cenizas el ámbito de lo político, el lugar donde actuamos libremente. De esta manera, la persona carece de posibilidad de actuar en sociedad, que por definición es rica y llena de matices: ahí radica «el desprecio totalitario por la realidad y los hechos», en palabras de Arendt. Sin libertad no hay incertidumbre y, en consecuencia, desaparece lo inopinado, lo fortuito, todo queda sujeto al poder por el poder, a la acción purgativa del terror como posibilidad permanente, una posibilidad que suspende indefinidamente la creatividad. Décadas después, Vaclav Havel mostró con brillantez en *El poder de los sin poder* (1979) las vidas corrientes de personas corrientes bajo el sistema totalitario comunista a través de la vida de un verdulero que en su fuero interno, e incluso en conversaciones privadas, critica la incompetencia, llega a hablar hasta de la falta de libertades, pero lo hace mediante un discurso manido, plagado de tópicos, un discurso perfectamente intercambiable por el de otro por ser el característico de cualquier individuo dentro de un régimen totalitario, dentro de un código de conducta impersonal, preestablecido por el poder.

Precisamente será la tercera parte del libro la que aborda la comparación entre los dos únicos regímenes parangonables tanto por sus rasgos definitorios como por su determinación para extender la conciencia totalitaria entre sus sociedades, una mentalidad de la que habló el Nobel de Literatura Czeslaw Milosz, fundamentada en la simplificación grosera de la visión sobre el mundo, incapaz de mantener opiniones propias. Arendt rescata el valor de la persona concreta, irrepetible e insustituible, para elevarla al centro de sus reflexiones y alertarla de la amenaza totalitaria.